

JORNADA CAM 1997
LA VINCULACION A LAS COSAS
P. Rafael Fernández

Primera charla

Creo que la oración inicial y la introducción que hemos escuchado, ya que nos pone en onda de lo que queremos reflexionar en esta Jornada.

Primero, recordemos el horizonte general en el cual nos estamos moviendo. Schoenstatt tiene una misión frente a la Iglesia actual y frente al mundo actual. Dios hizo surgir a Schoenstatt para regalarle algo a la Iglesia, para fortificar, renovar la Iglesia de tal modo que la Iglesia sea capaz de enfrentar los desafíos de la cultura que se está forjando en este momento, la cultura del tercer milenio.

En este sentido, lo propio que quiere regalar Schoenstatt es una nueva espiritualidad o una nueva pedagogía de la fe, una nueva manera de vivir el cristianismo, una nueva acentuación.

¿Cuál es esa nueva acentuación? Podríamos simplificarlo diciendo que si antes se acentuó el llegar a Dios a través del desprendimiento de las cosas, de las personas, del despojo; si antes se acentuó en primer lugar la renuncia, hoy día nos parece que, si queremos entregar a la Iglesia una espiritualidad apta para laicos, para matrimonios, para quienes están en medio del trabajo, del mundo, tenemos que acentuar el llegar a Dios a través de lo creado, a través de las cosas. Las cosas no las vemos, en primer lugar, como un obstáculo para llegar a Dios sino que las vemos como un camino para llegar a Dios.

Hay una ambigüedad en el mundo, en lo que nos rodea. Ambigüedad que en el Evangelio, si se toma sólo un aspecto como algo absoluto, aparece cuando se dice que el mundo es malo, no tenemos que dejarnos atrapar por el mundo, o lo que dice el Señor: "Ustedes no son del mundo". Ese es el mundo que está bajo la influencia del pecado y del demonio; hay un señor de este mundo que es Satanás y su influencia lleva a la corrupción de este mundo. Esta faceta, esta realidad, es la que acentuó la espiritualidad antigua. Es un mundo que está marcado por la huella del pecado; un mundo que Dios creó pero que, al entrar el pecado en él, se desintegró, se corrompió. Y, por lo tanto, no es ya más reflejo de Dios.

Sin embargo, hay otra realidad. Dios creó las cosas y el mundo y vio que todo era bueno. Está en el relato del Génesis donde, en figuras, se describe cómo Dios va creando el mundo por etapas y después de crear cada cosa dice: "Y vio Dios que era bueno". Es decir, la creación viene de Dios y no puede crear cosas malas. El otro hecho que es contundente es que Dios entregó esta creación al hombre, quien debía dominarla y enseñorearse en ella, pero, desprendiéndose de él, se convirtió en un instrumento de pecado, de desintegración de esa creación. Por un hombre entró el pecado en el mundo y por él la muerte, nos dice San Pablo

San Agustín, el gran santo y padre de los comienzos de la Iglesia, acentuó su reflexión en las huellas que había dejado el pecado en el hombre. San Agustín, antes de su conversión, había heredado una mentalidad neoplatónica y maniquea para la cual lo malo estaba

concentrado en lo material. Lo real, lo bueno, eran las ideas; el cuerpo era la cárcel del alma, aquello que restringe lo espiritual, lo valioso, lo real. Las cosas son un reflejo opaco de esa realidad. Y esta mentalidad influyó, se reflejó en la captación de la fe cuando se convirtió y en la acentuación que hizo de las consecuencias del pecado original. Lo carnal, lo sensual, lo sexual, lo sensible es origen de una cantidad enorme de pecados, porque en ello pareciera que anida especialmente el pecado. Y esto marcó toda la espiritualidad de la Iglesia incluso hasta nuestro siglo y se plasmó en una espiritualidad caracterizada especialmente por lo monacal. Había que renunciar a esposo, esposa, a hijos, bienes materiales, posesiones, irse al convento para allí encontrarse sólo con Dios, para ser santo. Soli Deo, sólo Dios basta. Lo demás no tiene ningún valor especial. El que quería ser santo debía encontrar la única riqueza que la da Dios directamente y encontrarse con él en la forma más directa y espiritual posible.

En este contexto, el P. Kentenich abre una nueva puerta, una nueva perspectiva. Su espiritualidad está fundamentada en la espiritualidad de santo Tomás de Aquino quien, al contrario de san Agustín que parte de Platón, se fundamenta en Aristóteles que parte justo al revés de Platón y dice que lo real es lo que hay en el mundo, las cosas. Las ideas son abstracciones que hace el hombre de lo real, de las cosas.

Santo Tomás formula su visión en una sentencia que el P. Kentenich repite infinitas veces: "La gracia, lo sobrenatural, no destruye la naturaleza sino que la presupone, la sana, la eleva, la perfecciona". Dios no es enemigo del hombre, de las cosas. Lo que él nos da en gracia, como producto de su amor gratuito, supone que existe un sustrato humano, creado. No lo borra, no lo desprecia, sino edifica sobre ese sustrato humano. Y esa gracia sana las huellas que el pecado ha dejado en la naturaleza, en el hombre, en las cosas, en lo humano, en lo sensible, en lo material, en todo lo que nos rodea. Sana la naturaleza y la eleva a algo aun mucho más hermoso, más grande. La liturgia nos dice que aquello que creó Dios admirablemente, lo restauró más admirablemente aún.

El hecho fundamental para afirmar esto es que Cristo se hizo carne. Dios envió a su Hijo, al Verbo, para que tomara carne y se hiciera uno de nosotros aquí en la tierra, para que redimiera la humanidad, la creación. El principio de toda la redención y del optimismo cristiano, del optimismo de nuestra espiritualidad, es que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; vino a santificar el mundo, a redimir el mundo, a dignificar lo humano. Lo dignifica en su propia persona al asumir la humanidad, al ser Dios hombre y a recapitular en él, toda la creación para presentarla a los pies del Padre. San Pablo dice en la epístola de los corintios "Todas las cosas son vuestras y ustedes son de Cristo y Cristo es del Padre"

En este contexto se mueve nuestra espiritualidad. Una espiritualidad que no desprecia lo natural, lo humano, lo sensible, sino que lo ve en la óptica de la creación: "Vio Dios que todo era bueno", y de la redención: "El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Esto da al P. Kentenich el fundamento para proclamar y practicar una espiritualidad y una pedagogía, un estilo de vida cristiano apto para el laico, especialmente hecho para aquellos que viven en medio del mundo, que se mueven en lo material, en lo sensible, para el hombre de trabajo, para los matrimonios. Este mundo en el cual vivimos tiene que ser un camino de santificación. La suya quiere ser una nueva espiritualidad laical y particularmente matrimonial. Por eso el P. Kentenich, ya en los años treinta, hablaba de la santidad de la vida diaria, de la vida cotidiana, de la vida de trabajo.

Recordemos una formulación que hemos repetido muchas veces: Una pedagogía, una espiritualidad de la armonía de la naturaleza y de la gracia; una pedagogía que cultiva el organismo natural y sobrenatural de vinculaciones. Cuando se considera la vida cristiana, decimos que el centro de esa vida cristiana es el amor. Toda espiritualidad cristiana, de una u otra manera, tiene como centro el amor. Cuando el P. Kentenich habla de organismo de vinculaciones, en el fondo se está refiriendo al cultivo de un organismo de amor, al desarrollo de todos los vínculos posibles del amor, pero, en primer lugar, en el orden natural. Nosotros cultivamos el amor a las personas, a las cosas, a los lugares, y ese amor en el mundo natural nos lleva a establecer un vínculo de amor al Padre Dios, al Hijo, al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen; nos hace asequible el mundo sobrenatural. Hay una armonía de lo natural y lo sobrenatural, es decir, del organismo natural de vinculaciones y del organismo sobrenatural de vinculaciones.

En la santidad matrimonial tocamos ampliamente todo lo referente al vínculo a las personas, al cónyuge especialmente, cómo en el matrimonio, cada esposo se santifica en el amor a su cónyuge; cómo los esposos deben amarse mutuamente con todas las fuerzas del corazón, con un amor sensible, instintivo, sexual, espiritual, sobrenatural. Ese amor a esa persona concreta, a la cual se entregan con alma y cuerpo, no es un impedimento para llegar a Dios sino que es el gran seguro, el gran camino para amar y servir a Dios, para alcanzar a Dios.

Creo que la gran mayoría han podido profundizar esa verdad de que, a través de lo natural, de las personas concretas, podemos amar a Dios; a través del cónyuge amamos a Dios. Y si no lo hacemos a través de esas personas, quiere decir que no amo a Dios. San Juan dice lo mismo cuando expresa: "¿Cómo dices tú que amas a Dios, a quien no ves, si no amas a tu prójimo, a quien ves?"

Ahora queremos dedicarnos a otra dimensión, no sólo la personal sino que la cosal. Hay cosas, hay lugares, hay personas, hay organismos de vinculación a las cosas, a los lugares, a las personas. El organismo de la vinculación a las cosas es lo que queremos profundizar ahora.

Organismo de vinculación a las cosas

¿Qué significa esto para nosotros? Nosotros vivimos en una casa; en ella tenemos muebles, cosas, alimentos; instrumentos, herramientas de trabajo; el auto, una cantidad de otras cosas. ¿Cómo usamos esas cosas, cómo las vemos? ¿Son cosas simplemente útiles para nosotros? En general, el hombre moderno ve las cosas sólo en su utilidad práctica. No piensa en Dios cuando ve y usa las cosas. ¿Muchas veces, estamos en medio de las cosas pero éstas no nos dicen nada acerca de Dios. Quizás teóricamente alguna vez lo hemos pensado; Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

El P. Kentenich dice que tenemos una mentalidad mecanicista, separamos todo lo concreto, todo lo que nos rodea, de Dios. Y nos recordamos de él cuando rezamos, cuando vamos a la iglesia, cuando recibimos un sacramento. Pero en la práctica, todo nuestro día es pagano; vamos al trabajo, nos metemos en los negocios, en las cuentas, en ordenar cosas, en producir. Pero todo es ajeno a Dios. Y en la noche, cuando ya no damos más, alcanzamos a rezar brevemente. Y muchas veces ni siquiera nos da para eso, porque rezamos una o dos

veces a la semana. Muchas veces vivimos en la práctica todo nuestro día sin Dios. O muy remotamente orientado a Dios. Los problemas, lo que sucede, todas esas cosas que usamos, que utilizamos, que movemos, que fabricamos, en el día no nos habla de Dios.

No sólo hemos separado las cosas de Dios sino que, en el fondo, hemos perdido una manera de ver las cosas más allá de lo meramente útil. Podemos decir que la poesía ha desaparecido de nuestra cultura, ese mundo de lo simbólico, de las cosas simbólicas, porque parecieran que no son útiles, porque tal vez no nos sirven para alimentarnos, no tienen una utilidad material. Pero el mundo no sólo es lo útil, lo meramente material, sino lo espiritual. Cuando recibimos algún regalo, por ejemplo una lapicera, nos sirve para escribir, tiene una utilidad, un valor; pero al tomar esa lapicera, nos ponemos en contacto con esa persona que nos la regaló. Y entonces adquiere un valor extra, un valor sentimental, un valor que es de otro orden. Es muy distinto tomar una cosa que significa algo más que una utilidad, que tiene un valor que va en el orden del amor, de lo inefable, de lo poético. Y entonces esa lapicera adquiere un valor inmenso para nosotros, porque la relacionamos con una persona.

Si vemos flores en el jardín y no las relacionamos con nada, podemos pasar de largo simplemente, sin darnos cuenta siquiera que existen. Pero si pensamos que alguien las puso allí, alguien que quiso embellecer nuestra vida, que quiso hacernos un regalo; pensó que otras personas disfrutarían de esa belleza. Y por eso mismo, esas flores ya no son simplemente flores sino que son un regalo de alguien y nos hablan de ese alguien. Y si conocemos a esa persona, le agradecemos, nos vinculamos a ella. Si vamos más allá, agradecemos a Dios que creó esas flores, que les dio esa belleza, que las hizo alegrarnos.

¡Imaginemos cómo sería el mundo si fuera únicamente útil! ¡Cuántas especies de flores, de peces, de árboles desaparecerían! ¿Por qué hizo Dios todo lo que existe? Lo hizo para cada uno de nosotros. Por eso, si sabemos que Dios nos quiso alegrar con muchas cosas, y que no solamente nos quiso dar de comer, elevamos un canto de gratitud, de alabanza a ese Dios. Sacamos las cosas de su pura materialidad.

Este es el mundo en el cual queremos adentrarnos. Podemos amar, querer, usar las cosas y en ellas amar, querer a Dios. ¿Las cosas nos apartan de Dios, son rivales de Dios? El Evangelio nos dice que no podemos servir a Dios y a Mamón, el dios de las riquezas. Algo hay que es un peligro real. O nos apegamos a las cosas o nos apegamos a Dios. Entonces, ¿no podemos tener riquezas? ¿Podemos amar a los hombres y a Dios teniendo riquezas?

Desde el extremo de una renuncia, de ver las cosas como obstáculos, de despreciarlas, que fue algo propio de la espiritualidad de siglos pasados, nos hemos pasado al otro extremo. El hombre moderno, el cristiano moderno mira sólo el mundo, sólo las cosas, y termina esclavizándose a ellas. No considera que en esas cosas no sólo está la huella de Dios sino que está también la huella del pecado, del demonio.

Uso correcto de las cosas

¿Cómo logramos discernir el uso correcto de las cosas correctamente? No podemos ser ingenuos y decir que todo es bueno. Por ejemplo, de ese tabú respecto al sexo, la juventud hoy día está en el libertinaje sexual.

En el uso de las cosas hay algo que tenemos que trabajar para que no nos dejemos atrapar por el mundo material, por el mundo de las cosas y aprendamos a descubrir a Dios, a amar y servir a Dios en ellas, usándolas rectamente.

Las cosas pueden ser enemigas del amor a Dios y del amor al prójimo. ¡Qué mayor enemigo del diálogo matrimonial es el televisor! Una cosa, un artefacto; cuánto nos impide comunicarnos y enriquecer el amor entre nosotros. Estamos siempre viendo la televisión y no tenemos tiempo para comunicarnos interiormente, para que nuestro corazón pueda llegar al corazón del otro. La televisión puede cortar totalmente nuestra posibilidad de oración. Si llegamos rendidos a la casa y encendemos el televisor, no sólo no nos queda tiempo para conversar con el cónyuge sino que tampoco para rezar. ¿Es malo ver televisión? El problema es que la usamos mal.

¿Cómo utilizar bien las cosas? ¿Cómo hacer que esas cosas nos hablen de Dios y sean un camino de amor al prójimo y a Dios?

El tener cosas. Pensemos cuántas cosas acumulamos. Es bueno tener juguetes; pero cuántas veces vemos piezas llenas de juguetes, de muñecas, de peluches... ¿Es bueno esto? ¿No estamos en un extremo ¿Valoraran los niños esas cosas materiales? Ciertamente puede haber un desorden en esto.

Tenemos que aprender otra ascética, otra espiritualidad para vivir santamente con las cosas. Los monjes tenían todo regulado. Las horas de comida y la comida misma estaban muy reguladas. Cada uno recibía su ración. Tenían un solo hábito. Había una ascética muy fuerte de renuncia a las cosas. ¿Tenemos nosotros alguna ascética? ¿Tenemos alguna renuncia? ¿Cómo ordenamos estas cosas con las cuales vivimos? ¿Cómo no nos perdemos en ellas ¿Qué hacer para ello?

Necesitamos una nueva visión, sin duda. Pero también necesitamos nueva ascética. Tenemos que tener una ascética laical, matrimonial, familiar y del trabajo. Sin renuncia no hay amor verdadero. Esto sigue siendo válido. ¿Cómo tiene que ser nuestra renuncia? ¿Como la de los franciscanos? Ciertamente no.

El P. Kantenich dice que si queremos practicar una nueva espiritualidad, primero tenemos que *aprender a ver y valorar las cosas correctamente*. En segundo lugar, tenemos que *aprender a gozar y utilizar las cosas correctamente*. En tercer lugar, tenemos que aprender a renunciar correctamente a las cosas, y, por último, tenemos que *aprender a ser libres de las cosas correctamente*. Siempre se emplea la palabra correctamente. Analizaremos cada uno de estos pasos.

1. Ver y valorar correctamente las cosas

¿Cuándo valoramos las cosas en forma incorrecta? Cuando sólo las veo en sí, desligadas de Dios; cuando vemos solamente su valor de utilidad, y no su valor simbólico.

¿Qué significa ver las cosas en relación con Dios? Significa que las consideramos como criaturas de Dios. Y si son criaturas de Dios, son un regalo de Dios para nosotros. Pero un regalo en el cual Dios puso una ley, un orden. Si queremos ver correctamente las cosas, no podemos desligarlas de su relación con Dios.

¿Qué pasa cuando no consideramos a Dios en nuestra relación con las cosas? Podemos usar y abusar de las cosas a nuestra real gana. Por ejemplo, el vino es exquisito. Y si no vemos en el vino un don que Dios nos da con amor, para alegrarnos, para gozar, desligamos a Dios de él. Si tomamos un reloj, vemos que fue hecho para una utilidad determinada; pero si lo usamos para clavar, desligamos su uso de la ley interna que tiene, de aquel sentido que le dio su creador, el hombre, como instrumento de Dios.

Lo primero es ver las cosas en relación a Dios, ligadas a Dios. Y, en segundo lugar, verlas también en su valor simbólico.

Cuando Dios creó el mundo, nos lo regaló como don de amor. Y el amor se vale de las cosas para expresarse. Así lo hacen ustedes, como matrimonios. Si se hacen un regalo en su día de cumpleaños, están dando algo material pero con ello están expresándole a esa persona su amor su cariño. Lo mismo hace Dios. Él nos regala la creación, el mar, las flores, porque nos quiere expresar que nos ama. Y a través de esas cosas nos está hablando silenciosamente de su amor cuando nos está regalando esas cosas.

El P. Kentenich habla del valor profético de las cosas. Vamos a leer un pequeño trozo de la *Santidad de la vida diaria*:

Quien vive en el mundo no puede sustraerse a las cosas. A cada paso las encuentra. Está expuesto a sus influencias con más intensidad que los religiosos y ha de influirlas y darle forma al mismo tiempo. Por eso, saber interpretar la voz profética de las cosas es uno de los requisitos más importantes para el santo de la vida diaria, que vive en el mundo. Sabe que las cosas de este mundo no sólo tienen un valor propio sino además una significación simbólica. Todas ellas son como pequeños profetas de Dios que, por encargo de él, nos traen la buena nueva de Dios; de sus atributos, de sus propósitos, para inflamarnos en un amor grande a Dios. Por eso San Agustín llama a las cosas "nutus Dei", es decir, saludos o indicaciones de Dios. Y San Buenaventura nos habla de un *manutergium Dei*. Quiere decir que Dios nos lleva amorosamente de la mano; por medio de las cosas, nos muestra su presencia y sus deseos y nos introduce en su corazón paterno. No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar todos los pequeños profetas que encontramos al cabo del día.

Pasamos por el mundo conversando con Dios. Porque él nos está hablando a través de estos pequeños profetas que son las cosas. Aquí se nos da una cantidad de ejemplos:

Paso junto a un rosal florido. Este rosal ha recibido de Dios el encargo de hablarme de su amor y de su hermosura. O veo agua cristalina. ¿Por qué no me ha de recordar con voz profética, el bautismo y la purificación del alma? ¿El pajarito que canta en la enramada no nos saluda de parte del Padre celestial que con tanta providencia lo viste y alimenta? Un ama de casa me contaba que al limpiar los zapatos por la noche pensaba en la paciencia divina con que Dios nos va limpiando, día tras día, de todo el polvo y suciedad que vamos cogiendo a lo largo del día, si le pedimos perdón con arrepentimiento. Un árbol cargado de fruto, me seguía contando: pone siempre en mis labios la oración: ayúdame, Señor, para que en el gran día de la recolección no me encuentres con las

manos vacías. El despertar primaveral de la naturaleza sugiere al santo de la vida diaria la resurrección de la carne, su letargo otoñal le recuerda la muerte; el cerezo en flor le dice algo de la hermosura del alma en gracia santificante. Y el cierzo frío que, en sus caminatas nocturnas, le corta los miembros, le está predicando la frialdad glacial que espera tantas veces al Salvador en muchas almas de caridad apagada. Doquiera que vaya o me encuentre, el santo de la vida diaria se ve rodeado de pequeños profetas que susurran la palabra a su oído. Un campesino, mientras cavaba la tierra, pensaba en la sepultura que se abriría un día para él. Si veía en su camino un gusano que se retorció de dolor, se acordaba que en la Sagrada Escritura se dice del Salvador: Soy un gusano y no un hombre Si estaba escardando malas hierbas, rogaba al Señor que le librase de ser separado un día del trigo y arrojado al fuego. Si entre los matorrales descubría una tela de araña, servía esto para ponerle en guardia contra el demonio que quiere coger en sus redes a nuestra alma. Este labrador que descubría en todas las cosas la relación con Dios, iba una vez arando y meditaba qué podría profetizarle el estiércol desparramado sobre el campo y que la reja del arado mezclaba con la tierra. El estiércol es putrefacción, se decía. Voy poco consiguiendo en la agricultura sin esta putrefacción. De igual manera, el bondadoso Dios considera mis imperfecciones y mis fallas y necesidades como estiércol para que pueda brotar en mi alma la verdadera humildad. Sin humildad no podré ser santo. ¿No es ésta la más excelsa sabiduría de un hombre sencillo?

Podrían parecernos cosas superfluas, sin mayor importancia. Pero pensemos qué sucedería si nosotros, durante todo el día, fuéramos conversando con Dios, sin tener que recluirnos a un rincón, a estar tranquilos donde nadie nos moleste para poder rezar. Si vemos a Dios en las flores, en este reloj, etc., si hemos hecho es proceso de desentrañar el mensaje profético de las cosas, no necesitaríamos estar en la iglesia. Pasamos por un pasillo y nos recordamos de la magnificencia de Dios; le agradecemos por la gracia que recibimos, y así vamos escuchando el eco, la voz de Dios a través de todo lo que nos rodea. Pero con la condición de que nos hayamos detenido a desentrañar el lenguaje profético de las cosas. Si nunca lo hemos hecho, las cosas serán lo que son y nada más; una lapicera será una lapicera, un reloj, un reloj. En cambio, si relacionamos estos objetos con Dios, si nos hemos preguntado qué nos dice Dios a través de este reloj, tendremos un diálogo con él, una meditación laical. Nos recordaremos que Dios nos está amando minuto a minuto y que cada segundo que pasa se lo entregamos a él. Y estamos dialogando con él simplemente cuando vemos la hora, cuando escribimos en esa lapicera, etc. Estamos amando, retribuyendo el amor a Dios, entrando en diálogo oculto con esa persona que nos regaló esa lapicera. Hemos desentrañado el valor profético de las cosas y con esto nos empieza a cambiar nuestro entorno.

¿Qué es mi hogar para mí? ¿Es una casa agradable, cómoda? ¿He pensado alguna vez, simbólicamente, qué es ese hogar para mí? Si nunca lo hemos relacionado con la morada del Padre, con la Casa del Padre, con el Dios que habitó aquí en la tierra y que esta casa es una antesala de esa Casa del cielo y que está llamada a ser un reflejo del cielo, entonces esa casa es sólo un lugar donde habitamos. No nos sirve para comunicarnos con él. Cuando entramos a nuestra casa, al abrir la puerta, ¿hemos pensado el valor profético de ella o sólo en su valor útil, en que tiene que funcionar bien, no hacer ruido, etc.? ¿Hemos recordado

que el Señor dice: "Yo soy la puerta y el que no entra por esta puerta es un ladrón"? Si hemos desarrollado este mensaje profético de la puerta, cada vez que la abramos, estaremos comulgando con el Señor, sin hacer un mayor esfuerzo, una meditación inmensa. Al abrir esa puerta estamos tomando contacto con el Señor, estamos entrando en diálogo con él.

Pensemos cómo el Señor usaba este lenguaje profético. Todas las descripciones que él hace de sí mismo son simbólicas. Él dice: Yo soy el *agua viva*, soy el *Camino*...Yo soy el *Pan de vida*... El P. Kentenich llama a esto la meditación de la vida. Y en este modo de meditar hay un capítulo fundamental que es desentrañar poco a poco, paso a paso, el valor simbólico de las cosas, el mensaje escondido, la voz, la huella de Dios en esa cosa mediante la cual él está entrando en contacto conmigo. Si vemos así las cosas, si las vemos en este lenguaje simbólico, que me habla de Dios, también tengo que verlas en su significación propia. Todas las cosas tienen un sentido. Dios creó el agua no sólo para ver en ella la regeneración del bautismo que recibo por el agua, sino que también para que nos sirva, para que nos preste una utilidad, para lavarnos, para limpiar, para regar, para saciar la sed, para preparar alimentos, etc. Hay una ley escondida, Dios nos dice algo en esas cosas.

En el vino Dios nos está dando un regalo útil. La comida es también útil. Pero podemos usar estos alimentos desordenadamente. Por eso tenemos que usar las cosas con respeto, de acuerdo a la ley interna que Dios puso en ellas. Si ligamos las cosas a Dios, no solamente nos encontramos con él en este lenguaje simbólico sino también en la realidad misma que hay en las cosas.

Como contrapartida, pensemos en el pecado ecológico que hemos cometido en nuestro siglo. ¿Qué significa esto? Que no estamos usando las cosas en relación a Dios y como Dios quiere que las usemos. Vemos simplemente la utilidad de las cosas, que tenemos que sacar provecho de ellas; vemos un bosque de robles maravillosos y simplemente arrasamos con él porque podemos hacer un gran negocio. Y así desligamos ese bosque de la ley natural, del amor a Dios y al prójimo, y lo utilizamos a nuestra real gana, a nuestro real antojo. Estamos abusando de ese bosque, estamos pasando por encima de la utilidad que Dios quiso darle.

Tenemos que ver las cosas en relación a Dios y de ello se deduce el tratarlas con cuidado y respeto.

Pensemos en el uso que dan nuestros hijos a las cosas y el esfuerzo que tenemos que hacer para enseñarles a no dejar esas cosas botadas, para enseñarles a cuidar el valor útil de esas cosas. Esto que hacemos en el microcosmo de nuestra casa, es una ley muy importante. Tenemos que enseñar a nuestros hijos a usar toda la creación de acuerdo al sentido, a la ley natural que hay en las cosas. Por supuesto que esto tenemos que aprenderlo nosotros primeramente.

Es bueno tener juguetes. ¿Pero tiene sentido acumular doscientos juguetes? Es bueno vestirse bien, pero, ¿es bueno tener veinte vestidos, ternos, corbatas, zapatos? Dios nos regala las cosas para cada uno pero también para todos. Si acumulamos cosas, estamos quitándole cosas a otros. El tener acumulación de cosas, cuando hay otras personas que las necesitan, es un pecado contra el orden querido por Dios. Dios nos dio las cosas para vivir,

para gozarlas, para utilizarlas, pero no para acumularlas en favor propio únicamente. Podemos desentendernos del resto del mundo y decir: "ande yo caliente, y ríase la gente... "

En este sentido, san Agustín dice algo muy fuerte: "Dios no te exige mucho, pide lo que él te dio De esto, tú quita lo que te sea necesario. Los demás bienes que son superfluos para ti son necesarios a otros. Los bienes superfluos de los ricos son necesarios a los pobres Posees lo ajeno, cuando posees lo superfluo".

Tenemos que ver correctamente las cosas. Verlas en relación al amor a Dios, al amor al prójimo.

¿Cuándo vemos correctamente las cosas? Cuando las considero la recta escala de valores en lo creado. Hay una escala de valores. Primero y antes que todo, está Dios y el hombre. Después viene lo material. Trastocar este orden, poner en primer lugar lo material, preocuparse en primer de lo material, es trastocar el orden de valores, la jerarquía de valores querida por Dios. Si para nosotros es más importante el partido de football que conversar con nuestro hijo, estamos también trastocando los valores, estamos anteponiendo lo material, lo inferior, a algo espiritual, a algo que es más importante como esa conversación. El amor al hombre y el amor a Dios es superior que eso material.

Tenemos que usar las cosas de acuerdo a su categoría. No podemos perder la vida ganando dinero y a la vez deshacer nuestro matrimonio. Hay personas que viven para ganar dinero trabajando y se mueren y agotan trabajando, pero destruyen su hogar. Estamos trastocando el orden de las cosas, estamos anteponiendo vivir en ese barrio, tener ese auto, poder hacer ese viaje, a la alegría de vivir en familia. Esto es muy real y muy actual, porque la gran mayoría de las personas concentran toda su atención, su esfuerzo en el progreso material únicamente. Y hemos dejado de lado lo espiritual, lo personal, lo divino, lo sobrenatural. ¿Vemos correctamente las cosas, las valoramos correctamente? Primero que todo están los bienes personales, los bienes del amor al prójimo, a los más próximos, el cónyuge, los hijos, pero también del otro prójimo que son los de la empresa, de la oficina, del país.

Por lo tanto, en primer lugar, debemos poner los valores espirituales y no nos esclavizamos a las cosas, a la máquina.